

La estación del silencio

El reloj de la estación marcaba las siete y media cuando Clara llegó al andén. La tarde había dejado un cielo de un gris cansado, y un viento húmedo traía consigo olor a hierro oxidado y a hojas mojadas. El tren todavía no se veía, pero el murmullo de los pasajeros que aguardaban llenaba el espacio con una inquietud contenida.

Clara llevaba en la mano una pequeña maleta azul, gastada en las esquinas, que parecía tan nerviosa como ella: vibraba al ritmo de sus pasos, como si también sintiera el peso del viaje que estaba a punto de comenzar. Miró a su alrededor: un niño se aferraba a un globo rojo que desentonaba con la seriedad del lugar; una anciana doblaba con paciencia el periódico, como si el tiempo no tuviera prisa.

De pronto, una ráfaga más fuerte levantó un remolino de polvo y papeles. Clara entrecerró los ojos y, en ese instante, vio reflejada su silueta en los cristales del vagón que acababa de detenerse. Por un segundo, dudó si la persona que veía era ella misma o alguien más, alguien que esperaba en otro lado del espejo.

El silbido del revisor rompió la ilusión. Clara apretó con fuerza la maleta, respiró hondo y subió al tren. Sentía que no viajaba sola: llevaba consigo las palabras que no se habían dicho, los adioses sin pronunciar, y también una tenue esperanza de que, al final del recorrido, todo podría comenzar de nuevo.